

La represión a las tiras cómicas de los periódicos en los Estados Unidos (1890-1945)

Ignacio Fernández Sarasola¹

Recibido el: 22 de marzo de 2019 / Aceptado: 15 de diciembre de 2020

Resumen. Las tiras cómicas llegaron a ser muy populares desde finales del siglo XIX, convirtiéndose en una de las principales secciones de los periódicos, habida cuenta de contar diariamente con millones de lectores. Sin embargo, bibliotecarios, intelectuales y líderes morales dieron comienzo a una campaña contra esa forma de expresión artística, cuestionando tanto su forma como su contenido. En el fondo de tal crítica subyacía un punto de vista elitista, renuente a aceptar un nuevo medio de comunicación. Los periódicos trataron de oponerse a esta campaña, ya que obtenían pingües beneficios de las tiras cómicas, pero algunos finalmente aceptaron las críticas y eliminaron sus tiras a fin de proporcionar una mejor imagen de su contenido.

Palabras clave: periódicos; tiras cómicas; libertad de prensa; campaña social.

[en] Enforcement against newspaper comic strips in United States (1890-1945)

Abstract. Comic strips became very popular since the end of the 19th century and they were regarded as one of the main newspaper's sections, being daily read by millions of consumers. However, librarians, intellectuals and moral leaders begun a campaign against such a form of artistic expression criticizing both its form and its content. Behind this criticism was an elitist point of view reluctant to accept the new media. Newspapers tried to oppose this campaign, as they obtained great profits from comic strips, but some of them finally accepted the criticism and purged their strips to get a more reliable image.

Keywords: newspapers; comic strips; liberty of press; social campaign.

Sumario: 1. Introducción. 2. Estado de la cuestión. 3. Hipótesis y metodología. 4. La crítica sobre la forma de las tiras cómicas: vulgaridad y mal gusto. 5. La crítica al contenido de las tiras cómicas: del elitismo a la inmoralidad. 6. Recapitulación final. Bibliografía.

Cómo citar: Fernández Sarasola, I. (2021) La represión a las tiras cómicas de los periódicos en los Estados Unidos (1890-1945), *Historia y comunicación social* 26(1), 57-65.

1. Introducción

Las tiras cómicas comenzaron a hacerse populares en la prensa estadounidense a finales del XIX, cuando en 1889 Joseph Pulitzer tuvo la idea de crear el primer suplemento dominical humorístico para un periódico. Con el título *The World's Funny Side*, impreso a color en una hoja sencilla y poco después llenando ocho páginas enteras, acompañaría los domingos a las sensacionalistas noticias del *New York World*. En septiembre de 1894, tras una breve experiencia en revistas satíricas, empezaría a dibujar para este semanario Richard Felton Outcault, quien alteró para siempre el medio gracias a sus ilustraciones bajo el título de "Hogan's Alley", en las que mostraba las cuitas de los heterogéneos y multirraciales pobladores de un barrio humilde de New York. Allí vería la luz un personaje emblemático, "Yellow Kid", cuya popularidad llegaría a ser tal, que el rival de Pulitzer, William Randolph Hearst, no dudaría en pagar una cuantiosa suma de dinero para hacerse con los servicios de Outcault.

Los suplementos dominicales tuvieron un éxito inmediato, y pronto los restantes periódicos del país empezaron a incluir tiras cómicas diarias a fin de captar nuevos lectores. El primer ensayo en este sentido lo llevó a cabo en 1903 el *Chicago American* (también propiedad de Hearst), en un intento por superar las ventas de su competidor local, el *Daily News*. El propio Hearst disponía de una agencia de prensa (*King Features Syndicate*), lo que le permitió extender sus tiras cómicas por docenas de periódicos a lo largo de toda la nación.

¹ Universidad de Oviedo
Email: sarasola@uniovi.es

A comienzos del siglo XX, resultaba evidente que muchos lectores consultaban esas tiras cómicas antes que cualquier noticia, y que incluso seleccionaban el diario que iban a adquirir por las tiras cómicas que contuviese. En 1930 se estimaba que las cuatro quintas partes de los estadounidenses los leían con asiduidad (*Independent Helena Montana*, 11-01-1930).

Cuando en 1938 se declaró en Portland una huelga de rotativos, la mayor preocupación de los ciudadanos no era hallarse desinformados, sino la imposibilidad de leer sus tiras cómicas favoritas (*Edwardsville Intelligencer*, 22-06-1938). Por esas mismas fechas, la presencia de las tiras cómicas se hallaba tan extendida, que apenas el *New York Times* y el *Boston Transcript* se negaban a incluirlas en sus páginas. Es más, su popularidad les permitió irrumpir en otros medios, desde la publicidad hasta el cine, el teatro y el ballet (donde llegó a adaptarse “Krazy Kat” por John Alden Carpenter, en 1922): sus personajes se hallaban por doquier.

Pero esta misma popularidad suscitó el recelo de ciertos sectores de la sociedad estadounidense, principalmente educadores, bibliotecarios y moralistas, que orquestaron una campaña contra las tiras cómicas de creciente intensidad que alcanzó su cénit a partir de 1910 (Waugh, 1991: 19). Antes que ellas, esos mismos sectores habían criticado una fórmula de literatura popular, las *dime novels* (literalmente “novelas de diez centavos”, en alusión a su precio) muy extendidas durante la Guerra de Secesión – y con posterioridad también mostrarían su aversión a los cómics.

2. Estado de la cuestión

El estudio de un medio de ocio tan popular como las tiras cómicas cuenta con una bibliografía extremadamente amplia; sobre todo porque –a diferencia de otros medios de ocio popular como las ya referidas *dime novels*– las tiras cómicas han conseguido perdurar en el tiempo, pasando algunas a formar parte de la propia cultura popular, como es el caso de *Penauts* (creada por Charles M. Schulz en 1950, y que popularizaría a Charlie Brown y Snoopy, con una mercadotecnia millonaria) o *Calvin and Hobbes* (concebida por Bill Watterson y que vio la luz en más de dos mil diarios). Sin embargo, el estudio sobre la campaña que sometió ese medio a acoso no cuenta con monografías, muy a diferencia de lo que sucede por ejemplo con los cómics.

Las únicas referencias a la crítica y el control tanto social como institucional sobre las tiras cómicas y los suplementos dominicales se encuentran dispersas en algunos de los trabajos dedicados al estudio del medio (Waugh, 1991; Gulart, 2005; Gordon, 2002) o al análisis genérico sobre las campañas orquestadas contra los *mass media* (Starker, 1991; Leick, 2019). Se trata, por tanto, de un campo de trabajo todavía por explorar.

3. Hipótesis y metodología

A partir de la escasez de bibliografía crítica, la hipótesis de la que parte este trabajo es considerar que la campaña contra las tiras cómicas se enmarca dentro de un proceso de reacción cultural contra los medios de ocio de masas que protagonizaron por igual tanto las elites intelectuales como sectores moralistas y reaccionarios, en lo que constituyó una alianza interesada. Desde esta perspectiva, las críticas a las tiras cómicas heredarán muchos de los argumentos que se habían empleado previamente contra las *dime novels*, que se estaban utilizando coetáneamente contra otras publicaciones, como las *pulp magazines* (revistas populares que contenían relatos cortos, heredaras de las *dime novels*), y que anticiparán los que luego se aplicarían para cuestionar los cómics y, en menor medida, los libros de bolsillo. Como hipótesis adicional, se tratará de demostrar que, a pesar de lo que acaba de afirmarse, la crítica a las tiras cómicas presentó un componente muy particular: a diferencia de los demás medios de ocio, afectaba a la prensa diaria, considerada social y políticamente como una institución esencial para la democracia estadounidense, al punto de que había quienes consideraban que solo ella gozaba de la protección constitucional de la libertad de prensa establecida en la primera enmienda. Incomodada por esta campaña, la prensa se opuso a la cruzada, posición muy distinta a la que adoptó en los casos de las *dime novels*, *pulp magazines* y cómics, en los que se alineó con las posturas críticas.

Para demostrar estas hipótesis, ante la escasez de bibliografía, se utilizarán fundamentalmente fuentes primarias, con particular consideración a la prensa, a los escritos en revistas culturales y a opúsculos de la época en los que se encuentran reflexiones sobre el papel de las tiras cómicas.

4. La crítica sobre la forma de las tiras cómicas: vulgaridad y mal gusto

La aversión que despertaban las tiras cómicas respondía a una confluencia de factores. Empezando por los meramente formales. Tanto el dibujo como el texto se consideraban inadecuados para los niños, a los que impropriamente se consideraban sus únicos destinatarios, a pesar de que no pocas se dirigían también a un lector adulto (*Flash Gordon*, *Prince Valiant*, *The Phantom*). La acusación más frecuente que tuvieron que soportar

las tiras cómicas en este sentido fue la de ser productos “vulgares”, de escasa calidad (Tourison, 1927: 196) y pésimo gusto (Anónimo, 1915: 35). Vulgaridad que alcanzaba, en primer lugar, a las ilustraciones, a las que se imputaba ausencia de mérito artístico (Pennell, 1920: 253): mal dibujadas, y peor coloreadas (Anónimo, 1911: 802; *Oakland Tribune*, 8-01-1922), reducidos los personajes a tan solo unos pocos estereotipos (Weitenkampf, 1925: 576; Tysell, 1934: 158-160), representaban una pésima influencia para la forja del gusto estético y del desarrollo artístico de los menores (Swift, 1906: 15). Esta crítica en clave “estética” muestra hasta qué punto la campaña se guiaba por meras apreciaciones subjetivas, que trataban de disimularse con un pretexto pedagógico.

Mismo subjetivismo que se percibe cuando se cuestionaba el texto que acompañaba a las ilustraciones. Se les reprochaba una nefasta redacción (*Chehalis Bee Nugget*, 11-09-1931), el empleo de un vocabulario pobre e inadecuado (Meyer, 1931: 20), el uso desmedido de onomatopeyas (Tysell, 1935: 43) y la utilización indiscriminada de argot (*Manitowoc Evening Times*, 21-07-1931). Tampoco ayudaba la presencia de “globos” o “bocadillos” (*balloons*, es decir el espacio donde figuraban los diálogos, circundado por una línea), contra la que se llegó a pronunciar incluso el ilustrador Rollin Kirby (Anónimo, 1920: 534), autor de chistes gráficos para diarios como *The New York World* (con el que obtuvo tres premios Pulitzer), *The World Telegram* y *New York Post*. De todo ello resultaba que el valor literario de las tiras cómicas se reputaba nulo, y su lectura una pérdida de tiempo que podía (y debía) invertirse en obras más provechosas (*Empire Gazette*, 15-02-1936). De ahí que con frecuencia se afirmase que el consumo de las tiras cómicas no aportaba un ápice de cultura (Browning, 1934: 5), dificultaba el aprendizaje del idioma (*Hattsburg American*, 29-01-1929) y perjudicaba notablemente la formación de ciudadanos cultos (*Bradford Era*, 8-06-1926). No es de extrañar que se acabara por considerar como “culturalmente disminuidos” a quienes tenían el hábito de leer tan pobre material (Ellis, 1935: 5) y se clamase por inducir en él un mayor sentido educativo (Anónimo, 1911b: 103). Incluso algunos de los partidarios de las tiras cómicas, como el periodista Albert Payson Terhune, parecían no tenerlos en gran aprecio, al calificarlas como productos destinados a mentes “poco sutiles” y a niños que no podían disfrutar de una elevada educación (Anónimo, 1908: 632). La presunta defensa de valores educativos servía para legitimar lo que en muchos casos no eran sino prejuicios estéticos.

Tales críticas hallaron contestación entre aquellos que habían aceptado las tiras cómicas como un producto del progreso; un nuevo recurso narrativo que había conjugado con originalidad ilustración y texto, separándose de la estática fórmula del libro ilustrado, en el que los dibujos no eran más que una apoyatura de la letra impresa. Los defensores de las tiras cómicas se opusieron a los prejuicios estéticos que sus críticos habían esgrimido, rechazando que no se considerase sus ilustraciones como auténtico arte. Autores como Opper y Oucault no tenían nada que envidiar a artistas “serios” (McCardell, 1905: 772); por no hablar de Winsor McCay, cuyo “Little Nemo in Slumberland” no sólo demostraba una imaginación desbordante, sino una brillantez estética *art déco* pocas veces igualada. Con el paso de los años, el nivel gráfico llegaría a niveles extraordinarios, y pocas dudas puede haber de la calidad artística de autores como Harold Foster (*Tarzan, Prince Valiant*) o Alex Raymond (*Flash Gordon*) que marcarían todo un hito en el género, con una influencia que se extendería durante años incluso más allá de las fronteras estadounidenses. De hecho, Gilbert Seldes, en su célebre obra sobre la cultura popular “The Seven Lively Arts” (1924) reconocía el carácter novedoso de algunas de aquellas tiras cómicas (Seldes, 2001: 223) y, en la misma línea, el Metropolitan de New York organizó en 1933 una exposición sobre ese medio artístico, para desánimo de sus detractores.

Los partidarios de las tiras cómicas entendían además que su inserción en los diarios suponía un magnífico resorte para introducir a los niños en la lectura de periódicos, con los que poco a poco se iban familiarizando (*Mason City Globe Gazette*, 3-12-1934). No faltaron incluso reflexiones de sesgo social, como la del columnista neoyorquino Heywood Broun, quien las definía como “las novelas proletarias de América” (Broun, 1939: 17), lo que a la postre contribuía a mantener una distancia entre cierta literatura “elitista” y otra al alcance de las capas obreras. En una línea muy distinta, en algunos casos se equiparaba a las tiras cómicas como “literatura decente”, perfectamente compatible con otras lecturas de mayor envidia y que por tanto no tenía nada de vergonzante (*Burlington Hawk Eye*, 27-12-1932). ¿Cómo podía decirse, sin pudor, que sus lectores eran poco menos que analfabetos cuando estadísticamente estaba demostrado que la mayoría de los estadounidenses disfrutaban de ellas? ¿Acaso se consideraba que toda la nación no era más que una patulea de ignorantes...? protestaba Rudolph Block, colaborador de los diarios editados por Hearst (Block, 1908: 632).

Los vindicadores de las tiras cómicas apreciaban algo que sus detractores se resistían a admitir: el hecho de que la combinación léxico-gráfica no era en realidad novedosa, sino que desde siempre el hombre había tratado de trasladar a imágenes sus pensamientos (Lowrie, 1928: 527). Precisamente el valor de las tiras cómicas consistía en esa ingeniosa combinación de dibujo y texto que, lejos de fomentar el analfabetismo, las convertía en un vehículo educativo de incalculable valor.

Quizás quien simbolizó mejor esta actitud fue el psicólogo infantil Garry Cleveland Myers, director del Departamento de Educación Parental del Cleveland College y profesor en la Western Reserve University de Cleveland. Autor de una columna en la prensa titulada “Parent Problems”, Myers creía que las tiras cómicas podían representar un instrumento educativo muy eficaz, con el que reemplazar a los anodinos libros de texto (Myers, 1927: 68; Myers, 1929: 24; Myers, 1830: 8). Aparte de fomentar el amor por la lectura, ampliaban

los conocimientos del niño, introducían enseñanzas morales e incluso propiciaban el diálogo paterno-filiar, al permitir que los progenitores y sus vástagos tuviesen un tema de conversación común. Así pues, Myers pedía a los adultos que fomentasen la lectura de las tiras cómicas entre los niños, y él mismo, junto con su esposa Caroline Clark Myers, llegaría a editar desde 1946 una revista, *Highlights for Children*, donde ocio y educación se combinaban en una exitosa fórmula.

Myers no estaba solo en su postura. Diversas voces confluyeron con él, reconociendo la función pedagógica que podían cumplir las tiras cómicas, no sólo fomentando la lectura (Darnall, 1931: 2; Broun, 1939: 17), sino incluso enseñando a los niños a deletrear (Tewinkel, 1927: 15). De hecho, hasta las autoridades educativas acababan reconociendo que las tiras cómicas resultaban atractivas a los niños por su lenguaje coloquial y por ser sus protagonistas más conocidos que los personajes históricos reales (Misurell, 1938: 18; Thomson, 1929: 6; Robins, 1920: 250). Es más, incluso algunas historietas, como las del “Príncipe Valiente” de Harold Foster, contenían una fidedigna descripción de etapas históricas muy útil para la formación de los niños. Todo ello las convertía en un instrumento educador con un potencial inigualable.

5. La crítica al contenido de las tiras cómicas: del elitismo a la inmoralidad

Los anteriores argumentos no apaciguaron los ánimos de los detractores de las tiras humorísticas quienes, lejos de reducir sus diatribas a la forma en la que aquéllas se manifestaban, también la emprendieron con el contenido que difundían. Empezando por cuestionar el propio humor que las caracterizaba. Conocidas también como “funnies”, las tiras cómicas representaban, según sus críticos, la peor vertiente del humor. Por lo general se consideraban historietas de una ínfima calidad, escasamente originales y carentes de imaginación (Weitenkampf, 1924: 575; Stote, 1910: 287). Plagadas de situaciones violentas (algo frecuente ya en “Yellow Kid” y “Happy Hooligan”), gags simples y repetitivos (Bergengren, 1906: 210), se caracterizaban por su espíritu grotesco, destinado a exagerar y ridiculizar cualquier aspecto de la vida cotidiana (Pennell, 1920: 252). En definitiva, tan solo mostraban un “humor pútrido” (Meyer, 1931: 20).

Una vez más, la crítica se teñía de unas connotaciones elitistas que, en ocasiones, ni tan siquiera se disimulaban: “Cuando una mente joven se cría con basura –decía el historiador del periodismo James Edward Rogers–, atrofiado con lo trivial, y envenenado con lo falso, nunca llegará a convertirse en ese ciudadano inteligente e independiente del que depende la democracia” (Rogers, 1909: 156). En una línea muy semejante, la escritora Elizabeth Robins Pennell decía que las tiras cómicas eran el resultado de una concepción incorrecta de la democratización de la cultura, conforme a la cual el humor vulgar podía resultar tan valioso como el culto (Pennell, 1920: 257-258).

En ocasiones, también se cuestionaba el que las tiras cómicas habían dejado de ser divertidas, para convertirse en un producto más serio, adulto e inadecuado para los niños (McIntyre, 1935: 6). En este sentido, y a modo de ejemplo, se cuestionó al dibujante Sidney Smith por haber sido el primero en tener la idea de matar en su tira cómica “The Gumps” a un personaje, Mary Gold, convirtiendo la comedia en algo trágico (*Sioux City Journal*, 13-05-1929). La violencia que exudaban algunas historietas, como Dick Tracy, tampoco tenía nada de infantil, según sus detractores, y la crueldad que contenían sería la causa de las pesadillas que, según algunos psicólogos, padecían muchos de sus asiduos lectores infantiles (*Independent*, 27-06-1907). Otra manifestación del contenido cada vez más adulto de las tiras cómicas residía en la creciente carga erótica de algunos de sus personajes femeninos. En la vanguardia se contaría a algunas de las féminas que aparecían en *Terry and the Pirates*, de Milton Caniff, como Dragon Lady y Burma, alcanzando su cúspide con las exóticas mujeres representadas por Al Capp en *Li'l Abner*.

De este modo, igual que había sucedido con las *dime novels* y las *pulp magazines*, tampoco las tiras cómicas escaparon de ser tildadas como productos “amorales” (Pennell, 1920: 258; Hill y Trent, 1940: 34-35) que pervertían la mente de los niños e incluso adultos, de forma sibilina (Lumley, 1933: 116). Algo que preocupaba especialmente a los estamentos religiosos estadounidenses, que veían cómo los niños obtenían enseñanzas inmorales de las tiras cómicas (*Waterloo Evening Courier*, 3-06-1926), con el consiguiente retroceso de influencia de las revistas y hojas parroquiales (Patri, 1933: 20).

En un artículo publicado en 1911 en *The Outlook* se dejaba así de claro:

El suplemento cómico presente en la mayoría de los periódicos americanos ha incurrido en numerosas ofensas: vulgarizar cuestiones serias, enseñar a que no se respete a padres y personas mayores, así como caricaturizar a razas y tipos de sujetos, lo que no puede sino sembrar en los niños las más infames formas de prejuicio racial y de clase. El denominado suplemento cómico está realmente envenenando el arroyo desde su nacimiento; un delito que siempre se ha considerado como uno de los crímenes más perniciosos que pueda cometerse contra la sociedad (Anónimo, 1911c: 1039).

Productos vulgares, las tiras cómicas no inducían al respeto, sino que mostraban, como principal fuente de diversión, a niños pequeños tratando de forma irreverente a adultos (Kenyon-Warner, 1911: 129); una referencia,

ésta, particularmente dirigida a *The Katzenjammer Kids*, de Rudolph Dirks. Alejadas de cualquier propósito aleccionador, se trataba sólo de una fórmula empresarial concebida por los periódicos con el simple propósito de hacer más dinero (Anónimo, 1909: 532-533) y que estaba corrompiendo a la juventud estadounidense, al punto de representar “la amenaza más seria para la prosperidad del país” (Anónimo, 1911: 802). Una afirmación que pretendía convertir las tiras cómicas en un asunto de interés nacional. En este sentido, Henry M. Wriston, Presidente del Lawrence Colledge, llegaría a afirmar que la popularidad de esas lecturas entre los jóvenes estadounidenses ponía de manifiesto la falta de implicación de los padres por formar ciudadanos provechosos e interesados en la vida social y política de su país (*Appleton Post Crescent*, 15-12-1926).

Los ataques contra la influencia perniciosa de los “horrores a color” (Stearns, 1908: 102) que estaban “envenenado América” (Anónimo, 1909c: 527), mostrando “violaciones de la ley moral” (Anónimo, 1906: 141) fue ganando intensidad, pasando de las críticas morales a un cuestionamiento en términos sanitarios. Algunos críticos mencionaban estudios de “especialistas en enfermedades infantiles” que sugerían que las pesadillas de los muchachos se incrementaban en las noches de domingo y lunes, coincidiendo con la publicación de los suplementos cómicos dominicales (*Independent*, 27-06-1907). Todos estos argumentos se repetirían años después con los cómics (Fernández Sarasola, 2019: 170-184).

La preocupación por la “amenaza” que suponían las tiras cómicas llegó incluso al ámbito académico. Aparte de los diversos artículos doctrinales publicados en revistas científicas, sobre todo de sociología y educación, en 1933 Beda Lorraine Hand elaboraría una tesis de máster sobre las “comic strips”, poniendo de evidencia el protagonismo que habían alcanzado. El estudio se basaba en seis mil encuestas realizadas a niños de ocho ciudades estadounidenses referentes a sus preferencias y opiniones sobre las tiras humorísticas de la prensa diaria. Sin embargo, el mayor interés del estudio reside en las reflexiones de la autora en las que abundan valoraciones morales sobre el objeto de estudio.

Beda Lorraine Hand no parecía irradiar una abierta hostilidad hacia las tiras cómicas, pero, a medida que se avanza en la lectura de su trabajo es fácil comprobar que veía en ellas muchos más aspectos cuestionables que elementos dignos de encomio. Oculta bajo una apariencia de ecuanimidad, su postura no difería demasiado de la que sustentaban los adalides de la campaña anti “comic-strips”: había un sesgo elitista en sus planteamientos, evidente cuando acusaba a las tiras cómicas de atrofiar el buen gusto del lector y de portar un humor “crudo y violento” que ofendía la sensibilidad. En su tesis doctoral se deslizaban comentarios críticos sobre el modo en que algunas historias se hallaban dibujadas, sobre el lenguaje pobre que contenían o sobre cómo el humor simplón interferiría en el desarrollo intelectual del niño. Y a pesar de reconocer que se trataba de un instrumento con potencial educativo, pocos eran los casos en los que hallaba en ellos un sentido didáctico.

La autora mostraba una clarísima preferencia por *Little Orphan Annie*, que le merecía mayor aprobación: “sus aventuras y actitudes –sentenciaba– serían un buen estímulo para los niños lectores” (Hand, 1933: 43). Un juicio que se extendía a las historietas de *Micky Mouse* que, a su parecer, proporcionaban básicamente inocua diversión. En el extremo opuesto situaba a *Mickey McGuire*, de la que simplemente decía que los niños no deberían conocerla ya que “enseñan muchas cosas perjudiciales” (Hand, 1933: 78). Y en esas, precisamente, ponía el acento su tesis.

La arbitraria selección de algunas tiras (e incluso viñetas) sueltas le bastaba para concluir que aquel medio de entretenimiento perjudicaba la formación moral del menor. Le inculcaba actitudes discriminatorias (prejuicios raciales, y vituperación de personas distintas), fomentaba la vagancia y otras conductas asociales, ensalzaba lo banal, depauperaba el valor de la familia, mostraba un malsano aprecio por la ficción y las aventuras, y, en fin, fomentaban una falta de respeto hacia la ley.

Así pues, Beda Lorraine Hand empezaba por considerar las tiras cómicas como un producto de escaso gusto, y de ahí transitaba a la acusación de que fomentaban conductas delictivas. Y esta postura no era aislada, ni mucho menos. A igual que había sucedido con las *dime novels*, las acusaciones de inmoralidad a las tiras cómicas no tardaron en dejar paso a imputaciones de ilegalidad (Fernández Sarasola, 2018: 667). Los reproches de que las tiras cómicas atentaban contra las buenas costumbres y despreciaban los usos sociales condujeron a la idea de que también conculcaban normas jurídicas (Pedrick, 1910: 625-627). Resultó habitual que los críticos entremezclaran reproches morales con otros de carácter legal: se decía, por ejemplo, que las tiras cómicas mostraban una absoluta falta de respeto “hacia la propiedad, los padres, la ley, la decencia, la verdad, la belleza, la amabilidad, la dignidad o el honor” (Bergengren, 1906: 269). Lo moral y lo legal metidos en un mismo saco.

El mismo año que se elaboraba la tesis doctoral de Beda Lorraine Hand aparecía otra tesis defendida para el grado de “Mater of Arts” en la Facultad de Periodismo de la Universidad de Wisconsin. El estudio, obra de Harry Emsley Wood, constituía el reverso de cuanto había concluido Hand. Wood concluía que las tiras cómicas no eran “inmorales”, sino “amorales”, porque su objetivo era entretener (y lograr más ventas para los periódicos) y no acrecentar los estándares morales de la población. Por otra parte, cualquier miedo de que lo que aparecía en las tiras cómicas fuese luego imitado por los niños en la vida real resultaba, a su parecer, absurda. A pesar de ello, las tiras cómicas habían realizado un notable esfuerzo por adaptarse a las exigencias de moralidad, merced a la aplicación de un tácito código autorregulador impuesto por las agencias de prensa y los propios periódicos, fijando “temas tabú”: muchachas ligeras de ropa, relaciones sexuales, representación

del divorcio, conductas criminales graves, presencia de bebidas alcohólicas, uso de jergas, presencia de muerte o enfermedades graves, representación estereotipada de profesiones... Y lo más llamativo: la población negra sólo era representada en el ámbito doméstico ¡para no ofender a los lectores sureños! (Wood, 1933: 48-78).

A pesar de estas reflexiones, muchos seguían viendo sólo la parte negativa de las tiras cómicas. Sus opositores trataron de criminalizarlas imputándoles tanto la inducción delictiva como la autoría misma de actos criminales. Inducían al delito, se decía, no sólo con el pésimo ejemplo de las historietas de gánsteres (algo que ratificaban algunos jueces de menores) (*Southtown Economist*, 17-10-1937), sino también cuando promovían la desobediencia paterna (y con ello eliminaban el respeto a la autoridad) (*Ludington Daily News*, 28-10-1925) o cuando mostraban a personajes bebiendo alcohol (en imaginaria infracción de la célebre Ley Volstead y la Decimoctava Enmienda) (*Brownwood Bulletin*, 3-10-1925). Desde publicaciones dirigidas a mujeres –como *Ladies' Home Journal*– hasta revistas literarias y académicas reproducían una y otra vez estos argumentos, acusando a los periódicos de promover constantemente conductas antisociales (Fenton, 1911: 92; Highfill, 1926: 59). Pero, según el criterio de los críticos, las tiras cómicas también cometían, en grado de autoría, un acto criminal cuando incorporaban imágenes obscenas (Tucker, 1936: 10); una imputación que iba más allá del reproche moral, puesto que la legislación estadounidense vetaba la distribución de material obsceno.

De resultas, los críticos concluían que el consumo tanto de los suplementos dominicales como de las tiras cómicas presentes en los diarios acarrearía una “vulgarización” de la infancia (Mabie, 1915: 123-124). Vulgarización que, en el mencionado contexto, no sólo implicaba desafección moral, sino también desviación legal. De este modo, la tutela de los menores –junto a la protección de las buenas costumbres– se erigía en factor determinante para reprobar las tiras cómicas. De ahí la llamada de atención hacia los padres, para que vigilaran las lecturas de sus hijos. En 1909, en un artículo publicado en *Ladies' Home Journal* con el representativo título “A Crime Against American Children” acusaba a los padres de “negligencia criminal”, por permitir que sus hijos leyesen tan reprochable literatura (Anónimo, 1909b: 5; Jones, 1911: 791; Summers, 1908: 6).

La campaña contra las tiras cómicas respondió, en ocasiones, a meras iniciativas individuales. Tal fue el caso de las iracundas cartas de lectores que podían leerse, sobre todo en los años treinta, en algunos diarios estadounidenses y en las que conminaban al rotativo de turno a prescindir de las tiras cómicas. Ello propició a que en los propios diarios se entablasen cruces de reproches entre sus detractores y sus defensores. Los primeros abarcaban desde posturas más comedidas, que pedían no ya su supresión, sino simplemente la eliminación en ellas de imágenes impactantes y sanguinarias (*Oak Park Oak Levas*, 6-07-1933), hasta posiciones más intransigentes que solicitaban que se implantasen mecanismos de censura (*Oak Park Oak Leaves*, 22-03-1924). Frente a ellos, los propios editores de prensa defendieron aquellos lucrativos productos sin los que su negocio necesariamente se resentiría. Rechazando cualquier relación de causalidad entre las tiras cómicas y la comisión de delitos (Robinson, 1923: 6), reducían el problema a una cuestión de gustos, y, como buenos defensores de la Primera Enmienda, anatemizaban cualquier intento de introducir censura en Estados Unidos (*Syracuse Journal*, 21-02-1938) (Patri, 1933: 15).

Más allá de la presión que ejercieron individualmente algunos ciudadanos, también existió una campaña socialmente organizada. Quizás la mayor actividad en la crítica de las tiras cómicas correspondió a asociaciones de mujeres, como la de la localidad de Sioux Falls, que llegó a editar un periódico alternativo “limpio” de aquel producto que tanto les disgustaba, siguiendo la línea trazada en 1908 por Mary Baker Eddy con la creación del *Christian Science Monitor*, como respuesta a la prensa sensacionalista. El activismo de las asociaciones femeninas fue tal, que en la convención bienal de la Federación de Clubs de Mujeres de 1910 se señaló que “nunca ha habido una reunión de la federación en la que los suplementos a color no hubiesen sido objeto de crítica” (*The New York Times*, 14-05-1910). Sin embargo, el ejemplo más visible fue la creación en 1911 de la *League for the Improvement of the Children's Comic Supplement* (Starker, 1991: 76; Stearns, 2004: 177).

El mismo año de su creación, la Liga celebró una reunión en Nueva York donde se puso de relieve la existencia de posturas bastante dispares a la hora de valorar las tiras cómicas. Algunos asistentes, como el artista George De Forest Brush, las calificó de ofensivas y ridículas, negándoles cualquier cualidad artística. Una postura compartida por el pedagogo Thomas M. Baillett, que apelaba al daño moral que infringían en los menores, y por el reverendo Henry van Dyke, quien consideraba que la desaparición de los suplementos humorísticos era la única solución viable. Otros participantes mostraron, por el contrario, una actitud más positiva, e hicieron ver que formaba parte de la tradición estadounidense el decidir qué leer. El camino no consistía en librar una estéril batalla contra los periódicos, sino tratar de convencerlos para que mejorasen la calidad de sus suplementos (*The New York Times*, 7-04-1911).

La repulsa hacia las tiras cómicas fue también frecuente entre parte de la intelectualidad estadounidense, que las reprochó hasta la fecha en la que nacieron los primeros cómics, convirtiéndose desde entonces en nuevo objetivo. Todavía en la década de los años treinta, David Frederick McCord llevaría al paroxismo su repugnancia hacia las tiras cómicas. Según su criterio, la proliferación de tiras cómicas desde 1910 (con una cifra de negocio que rondaba los seis millones de dólares anuales) había sumergido a Estados Unidos en un peligro casi sin parangón. Las tiras de Rudolph Dirks –Katzenjammer Kids– eran, a su parecer, las más deplorables, pero casi a su altura se hallaban otras, como Happy Hooligan, Buster Brown o Foxy Grandpa.

Los defectos atribuidos a las tiras cómicas eran tanto morales como de orden público. Así, en el primer plano, McCord les imputaba describir conductas maleducadas, acompañadas del uso de jergas por parte de los protagonistas. Desde la perspectiva de orden público, les achacaba inculcar el desprecio por la vida, por las normas y por los derechos de los demás. Del mismo modo, subvertían el orden social, al ridiculizar tanto la institución matrimonial (algo especialmente imputado a “Bringing Up Father”, de George McManus), como a los propios adultos (McCord, 1935: 360-364).

Este movimiento tuvo algún éxito ocasional. Por ejemplo, en 1908 el *Boston Herald* decidió dejar de publicar su suplemento dominical por el rechazo entre padres y educadores:

Los suplementos cómicos han dejado de ser cómicos. Se han convertido en algo tan vulgar en el dibujo como chabacano en el color. Ya no existe asomo de arte en ellos, y si portan ideales, éstos son mezquinos... y cada vez lo son más. Entre el público han surgido muchas protestas contra su continuidad. Padres y educadores se oponen a ellos. Las personas más versadas los rechazan sin siquiera mirarlos, ya que la experiencia les ha enseñado que no hay esperanza alguna de que estas hojas chabacanas mejoren. Los suplementos ya no entretienen a un público inteligente; sirven tan sólo para deprimir a las personas de buen gusto (...) Los suplementos cómicos a color son el payaso de los periódicos. El *Herald* considera que un gran periódico no necesita seguir disponiendo de ese payaso. Quizás nunca lo necesitó, pero toda la prensa parecía considerar «los cómics» como una necesidad, y de este modo los suplementos a color surgieron y se convirtieron en un hábito de vida” (Anónimo, 1909: 532-533).

A mediados de los años treinta, también el *New York Times* y el *Boston Transcript* se negaron a incluir tiras cómicas en sus páginas. Es más, el *New York Times* llegó a incluir informaciones que vinculaban la comisión de delitos con la lectura de suplementos de humor (*The New York Times*, 19-02-1910). Por su parte, un periódico –cuya identidad quedó oculta– llegó a poner a disposición de la citada *League for the Improvement of the Children’s Comic Supplement* su suplemento cómico durante un domingo, así como a ofrecer los servicios de sus artistas para que colaborasen con la liga para mejorar los suplementos (*The New York Times*, 7-04-1911).

En algunos casos, la supresión de las tiras cómicas se prolongó hasta bien mediado el siglo. Todavía en 1961, el *Detroit News* eliminó de sus páginas la tira cómica “Li’l Abner” del popular dibujante Al Capp, alegando presiones de la comunidad, que consideraba obscena la escasa ropa que portaban los personajes femeninos. Posiblemente también la presión social fue la responsable de que John Dille, el creador de la tira cómica de ciencia ficción *Buck Rogers*, rehuyese mostrar ejecuciones en unas historietas donde los personajes constantemente jugaban con la muerte, y que sentenciase: “No estamos poniendo en marcha una escuela de crimen” (Waugh, 1991: 250). Pero estos éxitos son sólo casos aislados. Lo cierto es que la campaña contra las tiras cómicas obtuvo unos resultados escasos. Se hallaban demasiado arraigadas en una prensa a la que proporcionaban sustanciosos réditos.

Los partidarios de las tiras cómicas contaron por su parte con el apoyo de un nutrido grupo de especialistas en los más diversos géneros (educación, literatura, psicología...) a los que en nada convencían los argumentos esgrimidos en la campaña dirigida contra aquellas obras. Y los periódicos, en la lógica de defender aquel producto que les reportaba tantos beneficios, se encargaron de difundir tales réplicas. Lejos de perturbar a los menores o emponzoñarlos con ideas amorales, los partidarios de las tiras cómicas veían en ellas un sano ejercicio humorístico, beneficioso por cuanto sólo pretendía entretener (Runyon, 1938: 11; Wilson, 1923: 18; Thomson, 1929: 6; McCardell, 1905: 772; Matthews, 1918: 287), lo que incluso compensaba las posibles incorrecciones lingüísticas que contuviesen. En esta postura se alinearon periodistas y dirigentes de agencias de prensa, como George Matthews Adams (*Denton Record Chornicle*, 2-04-1937), humoristas como Sinclair Lewis (*Olean Evening Herald*, 28-02-1931), e incluso doctores, como el neurólogo neoyorkino Fredrick W. Seward, quien consideraba que las tiras cómicas eran, por la hilaridad que provocaban, productos muy saludables (*Hagerstown Daily Mail*, 24-06-1925). Una postura, esta última, secundada por otros especialistas que vieron en las tiras cómicas efectos terapéuticos: servían como ayuda psicológica para niños problemáticos (*Evening Independent*, 23-03-1928), entrañaban un respetable ejercicio emocional (*Waterloo Daily Courier*, 5-11-1933), e incluso servían para fomentar buenos hábitos alimenticios entre los menores, siempre dispuestos a imitar a sus héroes de papel, incluso en las comandas (*Casa Grande Dispatch*, 8-03-1935) (por supuesto, Popeye y su ingesta de espinacas era el ejemplo más recurrente).

Los defensores de las tiras humorísticas tampoco admitían que éstas resultasen amorales o perjudiciales para los niños, ya que no hallaban evidencia alguna de tan nociva influencia (*Sandusky Register*, 14-05-1932). Es más, en ocasiones, de ellas podían extraerse enseñanzas morales (Anónimo, 1908: 632), de modo que su papel formativo entre la juventud resultaba digno de consideración (Keck, 1935: 307). Incluso de aquellas historietas que explotaban el mundo de la delincuencia –con “Dick Tracy” a la cabeza– se podían extraer reconfortantes enseñanzas: “el delito no compensa” (*crime does not pay*) (Waugh, 1991: 217).

Para enfrentarse a la oleada crítica, los defensores de las tiras cómicas llegaron incluso a recurrir a argumentos nacionalistas. Aquel medio de ocio tan vilipendiado era genuinamente estadounidense (Wilson,

1923: 18), hallando sus orígenes en las caricaturas satíricas de la prensa del XVIII (*Fitchburg Sentinel*, 29-10-1932). De hecho, Estados Unidos se había convertido en un exportador de tiras cómicas. ¿Cómo podía considerarse inadecuado un producto tan importado e imitado en el extranjero? (Anónimo, 1908: 633) La prensa se encargó de fomentar esta idea, e hizo pública la creciente presencia de las tiras cómicas en los diarios británicos (*Capital Times*, 28-09-1923) (donde se admitía la superioridad de las elaboradas en Estados Unidos) (*Sandusky Register*, 6-02-1908), e incluso en la prensa islandesa (*San Antonio Express*, 29-08-1938). Y, en 1938, se tenía a gala de hallarse presentes en más de treinta países, gracias a las agencias de prensa (*Lethbridge Herald*, 22-04-1938).

6. Recapitulación final

La campaña contra las tiras cómicas tuvo un talante fundamentalmente elitista, de reacción contra un nuevo medio de ocio que había alcanzado enorme popularidad. En este contexto, se entrecruzó con acusaciones de sesgo moral (erotismo, violencia, denigración de la autoridad y de la familia...), lo que provisionalmente puso de acuerdo a críticos progresistas (muchos de ellos incardinados dentro de la crítica elitista) con otros de talante conservador (más inclinados hacia la crítica de carácter moral).

En este sentido, esta cruzada entronca con otras campañas previas (*dime novels*), en tanto que resulta coetánea a la crítica a las *pulp magazines* y anticipa la que poco después sufrirían (por idénticos motivos) los cómics. Sin embargo, a diferencia de las restantes, la crítica a las tiras cómicas no tuvo a la prensa como uno de sus principales protagonistas, toda vez que ella misma se beneficiaba de ese medio artístico. Precisamente por estar encuadradas dentro de diarios, cualquier medida limitativa era percibida por las autoridades con recelo. De ahí que los poderes públicos (locales, estatales y federales) no llegasen a adoptar medidas contra las tiras cómicas, a pesar de que contar con una arraigada legislación antiobscenidad. De este modo, las tiras cómicas se sometieron a un escrutinio social que no tuvo reflejo en un control institucional.

Los cómics, que poco después se vieron sometidos a una cruzada del mismo sesgo, no tuvieron esa misma suerte: al tratarse de revistas ajenas a los rotativos, fueron a la vez atacados por los periódicos (que diferenciaron así entre sus tiras de prensa, que encomiaban, y los cómics, que repudiaban) y por las autoridades, que implantaron contra ellos medidas normativas. Sin el paraguas de los periódicos, la libertad de prensa parecía más susceptible de limitación.

Bibliografía

- Anónimo (1906), "A Growl for the Unpicturesque". En: *Athlantic Monthly*, vol. 98, pp. 140-143.
- Anónimo (1909). "The Supplement Again". En: *The Outlook*, nº. 92, pp. 532-533.
- Anónimo (1909b). "A crime against american children". En: *Ladies' Home Journal*, vol. 26, nº 2, p. 5.
- Anónimo (1909c), "The Comic Nuisance". En: *Outlook*, vol. 91 (6-03-1909), pp. 527-529.
- Anónimo (1911). "The Comic Supplement". En: *The Outlook*, vol. 97, p. 802.
- Anónimo (1911b). "Make «Comics» Educational". En: *Survey*, nº 26, p. 103.
- Anónimo (1911c). "A real comic supplement". En: *The Outlook*, vol. 99, p. 1039.
- Anónimo (1915). "Beauty or Ugliness?". En: *Art and Progress*, vol. 7, nº 1, pp. 34-35.
- Anónimo (1920). "A cartoonist criticizes our cartoonists". En: *Current Opinion*, vol. 68, p. 8.
- Bergengren, R. (1906). "The Humor of the Colored Supplement". En: *The Atlantic Monthly*, vol. 98, nº 2, pp. 269-273.
- Block, R. (1908). "Sounding the Doom of the «Comics»". En: *Current Literature*, nº 45. p. 632.
- Broun, H. (1939). "A Cheer for the Comic Strips". En: *Winnipeg Free Press* (22-06-1939), p. 17.
- Browning, F. (1934). "Scarpbook Meditations". En: *Burlington Daily Times News* (19-11-1934), p. 5.
- Darnall, M. B. (1931) "Sidelights". En: *Key West Citizen* (20-04-1931), p. 2.
- Ellis, W. T. (1935). "Diggers in Bible lands confirm Scripture Story". En: *Corsicana Daily Sun* (27-04-1935), p. 5.
- Fenton, F. (1911). *The Influence of Newspaper Presentations Upon the Growth of Crime and Other Anti-Social Activity*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fernández Sarasola, I. (2018). "Límites a la libertad de expresión en Estados Unidos. La lucha contra las «publicaciones inmorales» (siglos XIX y XX)". En: *Historia Constitucional*, nº 19, pp. 669-723.
- Fernández Sarasola, I. (2019). *El pueblo contra los cómics. Historia de las campañas anticómic (de Norteamérica a Europa)*. Sevilla: Asociación Cultural Tebeosfera.
- Goulart, R. (2005). *The Adventurous Decade. Comis Strips in the Thirties*. Pennsylvania: Hermes Press.
- Gordon, I. (2002). *Comic Strips and Consumer Culture, 1890-1945*. New York: Smithsonian.
- Hand, B. L. (1933). *A study of the influence. The comic strips*. Wiconsin: University of Wiconsin, Wiconsin.
- Highfill, R. D. (1926) "The Effects of News of Crime and Scandal upon Public Opinion". En: *Journal of the American Institute of Criminal Law and Criminology*, vol. 17, nº 1, pp. 40-103.

- Hill, G. E.; Trent, M. E. (1940) "Children's Interests in Comic Strips". En: *The Journal of Educational Research*, vol. 34, n° 1, pp. 30-36.
- Jones, W. D. (1911). "Letters to The Outlook: Comic Supplements Again". En: *The Outlook*, November 25, pp. 791.
- Keck, M. B. (1935). "Training for Civic and Political Responsibilities". En: *Junior-Senior High School Clearing House*, vol. 9, n° 5, pp. 305-307.
- Kenyon-warner, E. E. (1911). "The Comic Supplement". En: *The New York Times* (5-03-1911), p. 128.
- Leick, K. (2019). *Parents, Media and Panic through the Years*. Chicago: Palgrave.
- Lowrie, S. D. (1928). "The Comic Strips". En: *The Forum*, n° 79, pp. 527-536.
- Lumley, F. E. (1933). *The propaganda menace*. New York: The Century Co.
- Mabie, H. W. (1915). "Vulgarizing American Children". En: *The Outlook* (19-05-1915), pp. 123-124.
- Matthews, B. (1918). "American Comic Journalism". En: *The Bookman*, n° 48, pp. 282-287.
- McCardell, R. L. (1905). "Opper, Outcault and Company. The Comic Supplement and the Men who Make It". En: *Everybody's Magazine*, n° 12, pp. 763-772.
- McCord, D. L. (1935). "The Social Rise of the Comics". En: *The American Mercury*, July 1935, pp. 360-364.
- McIntyre, O. O. (1935). "New York Day by Day". En: *Ogden Standard Examiner* (29-11-1935), p. 6.
- Meyer, E. L. (1931). "Making Light of the Times". En: *Capital News* (1-10-1931), p. 20.
- Misurell, E. (1938). "Comic strips found the best school books". En: *Portsmouth Times* (20-02-1938), p. 18.
- Myers, G. C. (1927). "Educational Character Building Value of Newspaper Comics". En: *San Antonio Light* (2-01-1927), p. 68.
- Myers, G. C. (1929). "Understand Your Child, Read Him The Funnies", Counsels Doctor Myers". En: *New Castle News* (1-11-1929), p. 24.
- Myers, G. C. (1930). "Use comics to improve the reading". En: *Oshkosh Daily Northwestern* (12-07-1930), p. 8.
- Patri, A. (1933). "Our Children". En: *Oakland Tribune* (6-11-1933), p. 20.
- Patri, A. (1933b). "Censorship Will Never Aid Youth, Expert Declares". En: *Salt Lake Tribune* (6-04-1933b), p. 15.
- Pedrick, M. G. (1910). "The Sunday Comic Supplement". En: *Good Housekeeping*, May 1910, pp. 625-627.
- Pennell, E. R. (1920). "Our Tragic Comics". En: *The North American Review*, n° 771, pp. 248-258.
- Robinson, E. (1923). "Listen, World". En: *Oakland Tribune* (17-02-1923), p. 6.
- Rogers, J. E. (1909). *American newspapers*. Chicago: Chicago University Press.
- Runyon, D. (1938). "The Brighter Side". En: *Indiana Evening Gazette* (14-07-1938), p. 1.
- Seldes, G. (2001). *The Seven Lively Arts. The Classic Appraisal of the Popular Arts*. New York: Dover Publications, (primera edición: 1924; segunda: 1952).
- Starker, S. (1991). *Evil Influences. Crusades against the Mass Media*. New Jersey: Transaction Publishers.
- Stearns, L. E. (1908). "The Problem of the Comic Supplement". En: *Wisconsin Library Bulletin*, vol. 4 (december 1908), pp. 102-103.
- Stearns, P. N. (2004). *Anxious Parents: A History of Modern Child-Rearing in America*. New York: New York University Press.
- Stote, A. (1910). "Some figures in the new humor". En: *The Bookman*, n° 31, pp. 286-292.
- Summers, M. (1908). "Comic Supplements. Not Properly a Part of the Literature of Childhood". En: *The New York Times* (14-09-1908), p. 6.
- Tewinkel, J. M. (1927). "Smiles Aid To Spelling". En: *Sandusky Register* (13-02-1927), p. 15.
- Thomson, M. K. (1929). "Why We Enjoy the Comics". En: *Akron Register Tribune* (1-08-1929), p. 6.
- Tourison, E. (1927). "The Newspaper of Today". En: *The English Journal*, vol. 16, n° 3, pp. 192-199.
- Tucker, G. (1936). "Man about Manhattan". En: *Miami Daily News Record* (11-10-1936), p. 10.
- Tysell, H. T. (1934). "Character Names in the Comic Strips". En: *American Speech*, vol. 9, n° 2, pp. 158-160.
- Tysell, H. T. (1935). "The English of the Comic Cartoons". En: *American Speech*, vol. 10, n° 1, pp. 43-55.
- Waugh, C. (1947). *The Comics*. Jackson: University Press of Mississippi.
- Weitenkampf, F. (1925). "The inwardness of the comic strip". En: *The Bookman*, n° 61, pp. 574-577.
- Wilson, M. (1923). "Are Newspaper Comic Pictures «Low-Brow Stuff»?". En: *San Antonio Express* (18-02-1923), p. 18.
- Wood, H. E. (1933). *A History and Analysis of the American Comic Strips*. Wisconsin: University of Wisconsin.